

La evaluación en la práctica educativa. Aplicaciones en Comunicación Visual

María Jorgelina Branda, María Cecilia Blanco

Bold (N.º 3), pp. 76-82, octubre 2016

ISSN 2524-9703

Facultad de Bellas Artes. Universidad Nacional de La Plata

La evaluación en la práctica educativa

Aplicaciones en Comunicación Visual

María Jorgelina Branda - brandamaria@gmail.com

Taller de Diseño en Comunicación Visual II-V B

Facultad de Bellas Artes

Universidad Nacional de La Plata. Argentina

María Cecilia Blanco - marice880@hotmail.com

Taller de Diseño en Comunicación Visual II-V B

Facultad de Bellas Artes

Universidad Nacional de La Plata. Argentina

Resumen

La evaluación educativa es uno de los problemas de interés y de debate en la vida académica. Es un momento nodal del aprendizaje que influye en la didáctica, en la relación docente-alumno y en la revisión de planes y de programas de estudio. El material que presentamos es producto de la experiencia académica de la cátedra Comunicación Visual B de la Facultad de Bellas Artes (FBA) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), que desarrolla distintas instancias de evaluación para conformar una mirada didáctica sobre el tema. El propósito es contribuir a considerar el aporte significativo de una evaluación permanente sobre los planes de estudio, la formación docente, el desempeño de los alumnos y la implementación de la enseñanza para alcanzar aprendizajes complejos.

Palabras clave

Educación; evaluación; didáctica; aprendizaje; comunicación



Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercialSinDerivar
4.0 Internacional



La educación es un acontecimiento cultural con proyección hacia el futuro, por eso cuando evaluamos lo hacemos sobre una situación real, en la que cada individuo tiene un origen, una historia, una ubicación social y un ámbito académico. Estos elementos se expresan en la manera en la que se participa de los aprendizajes. Las características de los grupos de pertenencia o de los sectores de procedencia de los estudiantes y de los docentes son sustantivos en el proceso pedagógico. Los saberes previos, la reflexión, la comprensión, el análisis crítico, la internalización del conocimiento y la capacidad de síntesis están condicionados por los antecedentes del individuo y del grupo. No aprende igual un sujeto de clase media que uno perteneciente a los sectores postergados. La formación de los profesores y de los alumnos influye en el resultado del trabajo académico y, por lo tanto, de la evaluación. Los procesos didácticos y sus resultados evaluativos también los condicionan: no es lo mismo un estudiante cuyo promedio es una calificación alta que uno con promedio bajo y en la mayoría de los casos, esto también está relacionado con la condición económica y con el marco cultural. Los estudiantes de mejor promedio son generalmente los de mayor nivel adquisitivo, el acceso a los bienes culturales abre distintas posibilidades a los recursos del aprendizaje. Esta situación incide en las instituciones; hay grandes diferencias entre lo público y lo privado y en la historia recorrida. Los recursos de infraestructura, el material didáctico, el currículum, el perfil docente y la orientación pedagógica conforman distintas posibilidades para las instituciones y para los estudiantes.

Los resultados de los trabajos que se evalúan en un espacio académico que tiene una identidad, una historia, son diferentes a los obtenidos en una institución joven. También existen diferencias entre las facultades públicas y las privadas –esto sin hacer juicios valorativos, sino solo para marcar las particularidades–. No se egresa o se participa de la Universidad en general, sino de una institución específica que, como la Facultad de Bellas Artes (FBA) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) o la de Medicina, poseen experiencia y antecedentes significativos socialmente, y son referentes de una disciplina y de un perfil. De esta manera se construye la identidad académica de cada facultad o carrera. El transcurso del tiempo



las modifica debido a la celeridad de los cambios tecnológicos y sociales que validan los procesos educativos. Una institución se consolida como referente o deja de serlo, cuando los planes y sus políticas de transformación no son continuos. Cuando la evaluación abarca todos estos elementos que la componen, se redimensiona y puede aportar a elevar el nivel de la institución y a mejorar las propuestas curriculares. En los últimos años, en nuestro país, se han generado una serie de conflictos que inciden directamente en el plano educativo y que hay que tener en cuenta para evaluar. Las sucesivas crisis políticas, económicas y sociales y las transformaciones del mundo científico y tecnológico gravitan en el sistema educativo nacional. La condición de masificación de la educación es un hecho positivo, pero para mantener la calidad y el nivel de excelencia se deberían tomar medidas que acompañen el crecimiento y esto no se ha producido en la medida de las necesidades que requiere el aumento de las matrículas. Tenemos, entonces, un sistema educativo atravesado por innovaciones científicas y tecnológicas, por cambios sociales muy dinámicos y con la mayor parte de los docentes sin actualización, con salarios mínimos, con alumnos que traen una formación deficiente, con débiles proyectos de futuro y con instituciones en expansión, pero con un nivel de calidad dispar. Evaluar en situaciones cambiantes es distinto que hacerlo en momentos de estabilidad prolongada, con planes estratégicos sobre el rol de la Universidad en el país y con políticas públicas de mediano y largo plazo.

Plantear la evaluación como un problema social y académico implica reconocer que es un sistema de selección y de control que responde a diferencias y a particularidades y no a una cuestión de apreciación técnica. La evaluación no es un problema de medición de resultados, sino un diagnóstico de la vida académica. Es un compromiso más complejo para el docente y para la institución que una medición numérica de la cantidad de saberes que adquiere un alumno. Evaluar supone analizar los procesos de enseñanza y de aprendizaje en sus contextos, su magnitud y sus diversidades.

Medir y cuantificar el aprendizaje a través de los cambios de conducta observables del alumno, como lo propone la tecnología educativa, es desvirtuar y minimizar el acontecimiento educativo. Poner en la

técnica del examen el destino de los alumnos es un riesgo que propicia el abuso de poder y que limita las posibilidades formativas. Colocar un número visible o una categoría cuantitativa a un resultado sin tener en cuenta el proceso, el conjunto, suele desarticular el marco de referencia para evaluar y reducir todo el recorrido a un número. En estas prácticas el resultado se produce solo, aislado y el objeto de estudio carece de componente contextual, subjetivo e integral. Así se coloca un número arbitrario, parcial, a la superficie de la cuestión analizada.

Evaluar es mucho más complejo, más rico y a la vez, más comprometido para la institución y para el docente. Cuando la tarea que nos interesa es construir el conocimiento, desarrollar un proceso que contribuya a formar profesionales reflexivos y críticos, la evaluación es parte de la vida académica. Implica realizar un diagnóstico de situación que considere todos los aspectos involucrados y hacerlo en forma permanente.

Evaluar es transitar un proceso dinámico, democrático y participativo que permita sacar conclusiones cualitativas y cuantitativas, no solo de los saberes aprendidos, sino de los procesos. Medir también es necesario, pero es una parte puntual, normativa de la evaluación. Tomaremos algunos aspectos esenciales: señalar y definir la cualidad a medir y los objetivos a evaluar; determinar el conjunto de operaciones según las cuales el atributo se hace perceptible; y aplicar un procedimiento que se traduzca en grados y cantidades, las observaciones que realizamos.

Estos pasos nos permiten llegar a una valoración, es decir, a cuantificar, como un procedimiento útil para acercarse a una calificación. Es conveniente que esta medida sea comparada con el resto de los elementos que entran en juego en la enseñanza. No para sostener su eficacia, ni considerarla suficiente para saber qué sucede con el alumno y con el aprendizaje, porque justamente faltan elementos relacionados con el desarrollo del individuo, con el marco general y la integridad del hecho educativo, desde donde se construye el conocimiento. Entendemos que las distintas modalidades de evaluación no se excluyen, sino que son complementarias.

La necesidad de cuantificar, propia de la institución para acreditar a un individuo a promocionar un curso o una carrera, es un requerimiento social que norma un sistema y que es necesario cumplimentar, pero también sabemos que este, como muchos otros aspectos del sistema evaluativo, está en permanente cambio. Hoy conviven un sistema creado en el siglo XIX, docentes formados en el siglo XX y alumnos que nacieron en el siglo XXI. No cabe duda, entonces, de que la tarea del docente trasciende el mero requisito de una calificación para acreditar.

En nuestra experiencia la evaluación se elabora sobre la base de los contenidos del aprendizaje, la conceptualización y la reflexión de estos sustentos, con una metodología y una didáctica de implementación sostenida en el tiempo, que es aplicada en forma sistémica, cíclica y secuenciada. Tendemos a buscar formas de considerar cómo internaliza, comprende o conceptualiza el alumno, cómo desarrolla una autonomía y un criterio crítico. Las formas de comprobar estos logros están en buscar en la experiencia, en la exposición oral y escrita, en los trabajos prácticos y en la relación educativa, lugares donde se expresa el crecimiento dentro de la disciplina y su práctica específica. Cuando evaluamos un proyecto comunicacional consideramos la expresión de las ideas plasmadas, el conocimiento del tema y lo que aporta de compromiso en su producción; la capacidad de vincular, de relacionar, de aplicar saberes previos, de generar nuevas propuestas y el interés en la práctica de la comunicación, como la forma de involucrarse en la comunidad. También hacemos foco en lo actitudinal referido a la capacidad del alumno de encontrarse con el otro, de compartir, de intercambiar y cooperar. Para lograr este tipo de evaluaciones es necesario aplicar instrumentos elaborados específicamente para cada situación, ya que cada realidad es diferente. El especialista en una disciplina puede considerar cuáles son las mejores formas de evaluar los aprendizajes, porque conoce sus contenidos y su realidad. La capacidad de síntesis, la información, la duda, las nuevas propuestas y la conceptualización de los problemas, son cuestiones que lo permiten. Estas aproximaciones son útiles para corregir y para mejorar el trabajo producido en el aula. Los alumnos pueden compartir y hacerse cargo tanto de la tarea a desarrollar, como de las formas de evaluación.

La observación permanente de toda la situación por parte del docente y la reflexión diaria de lo que acontece en el aula conforman un registro sistémico. Los instrumentos de aplicación pueden combinarse o alternarse en distintas modalidades y momentos.

Para explicar el modo de abordaje del proceso evaluativo partiremos de algunas consideraciones básicas: en primera instancia definir las características que debe reunir el resultado del aprendizaje, los criterios de apreciación y de compromiso del alumno para realizarlo; los modos de observación y de registro sobre el problema; las conclusiones que permitan mejorar el logro de los propósitos acordados; y el producto visual construido como conclusión del proceso.

Las categorías de evaluación y de acreditación son complementarias; la evaluación comprende todo el proceso educativo y por lo tanto, implica medición. De esta manera, la calificación es una consecuencia lógica del trabajo que se desarrolla y tiene que ver

con el proceso y con los resultados concretos, para lo cual tenemos instrumentos que pueden objetivarse: pruebas escritas, cuestionarios, informes, diagnósticos, resultados de trabajos de indagación y la producción gráfica de los proyectos de comunicación visual. Desde este marco se preparan y se aplican los instrumentos acordes a las características del área que permitan establecer parámetros definidos para evaluar.

Con el propósito de que la evaluación y la acreditación sirvan a todo el proceso educativo y trasciendan la cantidad, ponemos el acento en los procesos de observación, de análisis y reflexión. La conceptualización, la producción visual y la síntesis, van a establecer relaciones y articulaciones en el desarrollo del juicio crítico sobre la producción del estudiante.

Evaluación de proyectos de comunicación

En el campo de la comunicación visual, la construcción del mensaje requiere de un grado de síntesis que conjugue una serie de elementos que el emisor debe articular para lograr su finalidad. De esta forma, se unifican las características contextuales, las del lenguaje disciplinario, y la instrumentación apropiada para construir un proyecto de comunicación situado en un contexto real. El elemento sustantivo para conseguir la integridad del hecho comunicacional es la calidad de la síntesis alcanzada en el trabajo proyectual. La contextualización, el lenguaje, la unidad discursiva, el sentido, la originalidad del mensaje, su calidad estética y su resolución gráfico-visual, son los elementos que marcan la calidad de un producto que podemos evaluar con un nivel de promoción o de insuficiencia.

Para avanzar en este proceso se realiza una exploración que permita observar las propuestas proyectuales de alumnos de diferentes niveles educativos; se consideran las tablas generales y sus adaptaciones a cada curso del taller. En los trabajos de diseño, se observan los apartados que componen la tabla evaluativa que se aplica en cada momento, además de los aspectos que sean necesarios para la descripción del sustento disciplinario que orienta nuestra mirada pedagógica. Se busca interpretar la complejidad de la construcción de un trabajo –sea una pieza o un proyecto– y los elementos de la situación educativa que lo componen. Las piezas nunca están sueltas, ni son «cosas aisladas», sino que forman parte de una propuesta más amplia del curso, en un contexto, con actores que integran y que participan de la construcción del conocimiento. El docente orienta, plantea preguntas y hace una apreciación crítica del trabajo buscando activar el proceso reflexivo del alumno ante su propia propuesta y ante la de sus compañeros. Con esta práctica, transmite y socializa los saberes sobre la base de su experiencia y desde su conocimiento del tema.

Instrumentos de evaluación para distintos niveles

Los instrumentos que se aplican guían la forma de evaluar, se pueden detallar el análisis, pero teniendo en cuenta que están integrados, que no se pueden separar y que tienen que alcanzar una unidad en todos los planos. Todos los contenidos se relacionan. Se consideran articuladamente para jerarquizar el discurso docente, para darle una secuencia y un orden para que forme parte de la enseñanza. Se trata de poner en valor lo que se observa del trabajo, hacerlo más preciso y comprensible para lograr una mejor recepción de parte del alumno.

Aplicamos cuatro puntos generales como ejes que posibilitan alcanzar una valoración del aprendizaje del alumno: *lo conceptual, lo creativo, lo instrumental y el proceso de trabajo*. Estos puntos se interrelacionan, permiten evaluar sistemáticamente y agilizan la confección de un valor conceptual y de un número, cuando es necesario. Lo conceptual y lo creativo se incluyen en todos los aspectos del trabajo y se pueden desarrollar en particular en: contexto cultural, social, ambiental, época. Fenómeno de comunicación: códigos, medios y destinatarios. Manejo del tipo de lenguaje y sus diversas modalidades de codificación. Diversidad de recursos. Construcción del contenido conceptual: histórico, cultural, temático, semiótico, discursivo. Síntesis alcanzada en la propuesta proyectual completa: apreciación sintáctica, semántica y pragmática.

Podemos decir que este desglose conforma una mirada que hace al conocimiento y al correlato gráfico. Es lo que el alumno aprende y lo que va a mostrar en su trabajo. Lo que podemos caracterizar como la forma –lo que hace a lo instrumental, al medio, a las técnicas y a los materiales– y el contenido –lo conceptual, el uso del lenguaje–, que en la producción en comunicación visual son indivisibles ya que representar implica construir la forma desde el sentido y la significación.

Es necesario evaluar la *integridad* de cada trabajo, aunque lo separemos con la finalidad de analizarlo, de apreciarlo, de criticarlo, de corregirlo, para evaluar el discurso elaborado. Se pueden desglosar los ítems para especificar mejor las dimensiones de los conceptos; para hacer una valoración sobre su empleo, intención y finalidad.

Proponemos, entonces, diversas consideraciones para evaluar el proceso de trabajo y la participación: a) comprensión del conocimiento disciplinario, temático e instrumental; b) características explícitas en la indagación de la problemática; tendencias, explorativa, innovadora, creativa; capacidad de independencia de criterios y autonomía; c) interés para comprender diversos temas o problemas sociales; d) métodos y recorridos en la búsqueda de soluciones para realizar los trabajos en territorio; e) interpretación y complejización sobre los temas que se presentan; f) originalidad en las resoluciones, los procesos y las propuestas; g) capacidad para relacionar y para vincular conceptos; h) tendencia a los desarrollos generales o particulares y capacidad de síntesis; i) desarrollo teórico conceptual y resolución instrumental; j) capacidad en la elaboración y ejecución, original y propia; k) capacidad de explicitar la propuesta en forma gráfica, verbal y escrita; l) destrezas individuales, participación en clase y calidad de las intervenciones, integración a los equipos de trabajo y cooperación en los roles grupales.

Los casos observados, debatidos y evaluados por el equipo docente conforman un resultado que indica el porcentaje de estudiantes aprobados y desaprobados y con niveles intermedios. Desde la docencia necesitamos sostener un discurso desarrollado, una crítica propositiva. Cuanto más claro, legible y ordenado sea el discurso de la evaluación, menos dudas quedarán de la valoración del aprendizaje. Será una consecuencia del proceso de trabajo y del saber adquirido. Los proyectos comunicacionales son integrales y el alumno tiene que ver la globalidad del problema a resolver; es la manera más adecuada para que reúna saberes anteriores, para que indague y para que aborde un trabajo complejo. Esto le permitirá conjugar los conocimientos que hacen a la carrera para

alcanzar una formación universitaria, un pensamiento y una experiencia que sean capaces de redimensionarse en realidades diversas.

Conclusiones

Estudiar y aplicar las características expuestas de la evaluación en comunicación visual sobre los resultados gráfico-conceptuales en producciones de distintos niveles de enseñanza de grado y en trabajos de graduación, permite abordar el proceso de aprendizaje en su dimensión compleja. La educación se propone como meta, lograr que el estudiante pueda operar un pensamiento proyectual, relacionado con el tipo de contenidos indagados y construidos en el proceso. La evaluación de los trabajos proyectuales de alumnos de segundo a quinto nivel de la carrera de Diseño en Comunicación Visual ofrece la oportunidad de analizar los resultados sobre documentos observables, visuales, gráficos, dando cuenta tanto del nivel educativo de cada etapa como del egreso, para lograr que los jóvenes puedan insertarse en el campo laboral.

El saber de la disciplina está constituido por los contenidos conceptuales que marcan su perfil a través del tiempo, en la dimensión académica, en la producción comunicacional y en su interrelación con la comunidad. Desde la práctica docente es necesario investigar, diagnosticar y evaluar procesos y resultados para luego reformular planes y programas. Estos y otros instrumentos de evaluación se consideran y se aplican para tener fundamentos objetivos y subjetivos mediante los cuales evaluar y calificar. Sobre esta base se puede realizar un balance de los avances del proceso que estamos desarrollando y ajustar, ampliar, sintetizar o reformular aspectos de la enseñanza que surgen de la evaluación permanente.

Los instrumentos propuestos se diferencian de lo que tradicionalmente se entendía por examen, como categoría que implica un criterio más rígido, distante e impersonal para acreditar. El examen, en sus distintas variables, ha sido una forma tradicional

de calificar en todos los planos de la vida social, en los que se califica y se descalifica y se ejerce un poder jerárquico que incide de manera taxativa en el individuo, determinando consecuencias para la vida social, laboral y relacional.

Sobre el examen dice Michel Foucault en su texto, *Vigilar y Castigar*:

En este párrafo de Foucault, se señala el rol del poder

El examen combina las técnicas de la jerarquía que vigila y las de la sanción normativa. Es una mirada normalizadora, una vigilancia que permite calificar, clasificar y castigar. Establece sobre los individuos una visibilidad a través de la cual se los diferencia y se los sanciona. A esto se debe que en todos los dispositivos de disciplina, el examen se halle altamente ritualizado. En él vienen a unirse la ceremonia del poder y la forma de la experiencia, el despliegue de la fuerza y el establecimiento de la verdad. En el corazón de los procedimientos de disciplina se manifiesta el sometimiento de aquellos que se persiguen como objetos y la objetivación de aquellos que están sometidos. La superposición de las relaciones de poder y de las relaciones de saber, adquieren en el examen toda su notoriedad visible (1986: 189).

que se ejerce sobre los estudiantes cuando se instalan disciplinas coercitivas y métodos rígidos para el tratamiento de los problemas educativos. La búsqueda de criterios de evaluación más abarcativos, flexibles y dialoguistas, favorece la confianza y el interés del alumno por la tarea. En la actualidad no se sostienen explícitamente las teorías del castigo y del premio, lo que no quiere decir que en muchos ámbitos no sea una práctica encubierta. Nuestro interés radica en establecer relaciones propositivas con el estudiante y fomentar sus potencialidades para el aprendizaje significativo.

Referencia bibliográfica

Foucault, Michel (1986). *Vigilar y Castigar*. Madrid: Siglo Veintiuno.